

# LA CARIDAD.

AÑO I.

SAN SALVADOR, AGOSTO 31 DE 1884.

NUM. 22.

## CONDICIONES.

Este periódico saldrá cada dos domingos.

El precio de suscripción es de cinco reales, la serie de doce números.

Para todo lo concerniente á los **abonos**, dirigirse al Secretario de la Junta de Caridad.

El producto de las suscripciones, se invierte exclusivamente en los pobres del Hospital general de esta ciudad.

## CARIDAD BIEN JUSTIFICADA.

Desde que se fundó el Hospital de San Salvador en los primeros años del siglo en que nos hallamos, por el caritativo don Fernando Escobar, que, como lo expusimos en el número 3 de esta hoja, vendió cuanto tenía para emplearlo en los pobres por agradar á Dios, muchos, muchísimos actos de caridad y de beneficencia se han ejecutado para favorecer á los desgraciados que se hospedan en aquel establecimiento; pero entre ellos sobresalen dos que no deben olvidarse. Del primero ya hemos hablado en los *Apuntamientos referentes al Hospital*, y es el acto de generosidad del Presbítero don Manuel María Zecaña, que vivió y murió pobre, que siempre distribuyó en limosnas los proventos de su curato y que en 1848 regaló al Hospital de esta ciudad todo cuanto poseía. El segundo, de que hoy damos cuenta, fué ejecutado el 24 del corriente mes por el señor Presbítero don Lucas Nério; de cuyo acto de caridad se impondrán mejor nuestros lectores por las comunicaciones cruzadas entre el señor Presbítero Nério y el Hermano Mayor de la Junta de Caridad, que son las siguientes:—

Aculhuaca, Agosto 24 de 1884.

Sr. Presidente de la Junta Directiva del Hospital general de San Salvador.

Respetable Señor:

No hace mucho tiempo compré en este pueblo la casa que era propiedad de don Lázaro Escobar, que ya U. debe conocer, en la cantidad de 800 pesos, que pagué de presente en moneda efectiva. Hoy está mejorada y acabada de blanquear toda por dentro y fuera.

Y queriendo lograr bien mi trabajo, cedo dicha casa á BENEFICIO DEL HOSPITAL.

El día que gusten pueden venir á verla y tomar posesión de ella y les entregaré las llaves.

La escritura está hoy en la oficina de registros; aun no ha salido.

En cuanto á la escritura de cesión no tengo inconveniente en darla.

Sírvase U. aceptar en nombre del Hospital y disimular el obsequio.

Su atento S. y Capellán.

(F.) Lucas Nério.

## CONTESTACIÓN.

San Salvador, Agosto 25 de 1884.

Señor Presbítero Don Lucas Nério.

Aculhuaca.

Apreciable Señor mío:

Hoy he dado cuenta á la Junta de Caridad con su carta muy estimable y grata de ayer, en la cual pone U., por mi medio, en su conocimiento la formal donación que U. se sirve hacer al Hospital general de esta ciudad de una casa que U. posee en esa población y que compró al señor don Lázaro Escobar.

Entre los sencillos cuanto significativos conceptos de su misiva uno hay que llama sobre todo grandemente la atención. Dice U. que hace ese obsequio á los pobres, *queriendo lograr bien su trabajo*; y esta frase, señor, es la mejor apología de su obra de caridad, por la cual esos mismos pobres bendecirán á U. con lágrimas de gratitud.

Los miembros todos de la Junta, apreciando en su justo valor la beneficencia de U., le dan, por el órgano del que suscribe, los más sinceros agradecimientos; y yo creo de mi deber participarle que la corporación que presido ha recibido, llena de satisfacción y contento, tan plausible nueva y hace los votos más fervorosos y ardientes porque la generalidad de los salvadoreños se inspire en tan noble ejemplo de virtud cristiana, multiplicando esos actos de caridad que dicen muy bien con la cultura y sentimientos piadosos de nuestros pueblos.

Usted, como digno ministro de Jesucristo, ha querido influir en la propagación de las máximas del que se sacrificó por la humanidad, y ha escogido la práctica de la caridad, que es la virtud por excelencia en el rico tesoro de nuestra religión santa, para lograr sus nobles y delicados intentos. No me sorprende, pues, que á pesar de su pobreza haga aquel valioso obsequio.

Así contesto por hoy su ya citada comunicación, siéndome satisfactorio suscribirme de U. muy atento servidor.

(F.) Teodoro Kreitz.

Registrar en nuestras columnas un hecho que tanto enaltece al benemérito sacerdote, nos es tanto mas grato cuanto que en el día son raros estos ejemplos de verdadera caridad cristiana, cuando generalmente la codicia, en pugna con la beneficencia, suele ahogar los impulsos de la caridad, y el egoísmo, ese cán-

cer de las sociedades, diseña los corazones, haciendo difícil el despreñamiento.

Se nos ha informado que este distinguido sacerdote, joven aún, procedente de una familia humilde y muy pobre, pero también muy caritativa, hizo sus primeros estudios, venciendo con suma resignación y paciencia las mil dificultades consiguientes á su escasez de recursos, en el colegio que por muchos años dirigió el ilustrado académico don José María Cáceres, hasta obtener el grado de Bachiller en Ciencias y Letras. Pero su ejemplar conducta será mejor apreciada cuando se sepa, como nos consta, que vive en la pobreza, que en la actualidad no tiene curato y que no le queda otra cosa después de haber donado su casa al Hospital.

No es esto todo. Las diferentes poblaciones en que ha residido recuerdan con amor y respeto que, durante su estancia en ellas, fué inagotable fuente de consuelo para cuantos solicitaron sus favores, corriendo de boca en boca incidentes que no pueden menos de llamar la atención y que sería extenso referirlos en detalle.

También figura el señor Presbítero Nério entre los sacerdotes que han contribuido con mayores sumas de dinero para la construcción de la Nueva Catedral de esta ciudad.

Porque sabemos que su corazón está henchido de todo sentimiento bueno y que en su carácter se refleja la verdadera modestia, la firmeza y la dignidad, esperamos que no verá en los justos elogios que le dirigimos sinó el cumplimiento del deber en que estamos de recomendar toda acción generosa.

Felicitemos al señor Presbítero Nério por su caridad bien comprobada y deseamos que su ejemplo sea imitado por muchos que sin íntimos lazos de familia, sin forzosas obligaciones que atender, pueden emplear una parte de los bienes que la Providencia les ha concedido en el alivio y consuelo de los desvalidos.

Vosotros, los que por frios cálculos diferís para otro día hacer el bien, privandoos de las bendiciones de vuestros semejantes; los que ha-

beis acumulado bienes ayudados del trabajo de esos mismos pobres á quienes olvidais; los que podeis ser en vida fieles ejecutores de vuestra voluntad, haceos cargo de que no hay un placer mas íntimo ni mas puro que la práctica de la caridad; que con ella tendreis inestimable tesoro para vuestro espíritu, que sin ella os privais hasta de la estimación y de las simpatías de vuestros conciudadanos.

## Beneficencia.

(COLABORACION.)

### I. HOSPICIO.

Sabido es que por atrasada que se encuentre la higiene pública de un país cualquiera, que por desgraciada que sea la condicion de las clases pobres, la lactancia de los niños por las madres, la asistencia de ellos á domicilio, ocasiona ménos pérdidas de vidas que cuando esas operaciones son practicadas en las casas de espósitos ú hospicios por esmerado que sea su servicio.

Hay varias causas para que se recoja ese resultado.

Por lo comun, las madres que llevan á sus hijos á la inclusa, no han podido ó no han querido cuidarlos como era necesario mientras los llevaron en el vientre, lo que les da á los niños una constitucion débil, y á las veces les ocasiona enfermedades hereditarias, que, cuando se descubren, es ya difícil curarlas.

La naturaleza, que no había contado con que llegaría día en que las madres no criaran á sus hijos, servicio que hasta las fieras les prestan, les dió á aquellas, con la primera leche que reciben los pechos, un remedio necesario para los párvulos; remedios que pocas veces proporcionan las nodrizas que se encargan de criar á las criaturas mucho despues del parto.

La aglomeracion de niños y nodrizas dentro de un lugar reducido, las mas ocasiones infecciona el aire y ocasiona enfermedades.

El amor solícito de la madre, por inculta y pobre que ella sea, mira al niño con mil delicadas atenciones, que debilitan los peligros que corre la salud de él.

Sin embargo lo dicho, el asilo de los huérfanos, el Hospicio de San Salvador, ha desmentido esos cálculos de la ciencia. Los resultados son satisfactorios: es mucho menor la mortandad de niños en el Hospicio que en los asistidos á domicilio.

Un resultado tan satisfactorio débese al buen régimen que se sigue en

el asilo de los párvulos, á la esmerada asistencia de las HERMANAS DE CARIDAD, y á la prevision y vigilancia de la Junta directiva de aquel benéfico establecimiento.

En el Hospicio no solo se cuida de que los niños sean bien tratados, sino de que adquieran la instruccion que es compatible con su edad.

Sin darles á entender que se les hace trabajar, los enseñan á leer, contar, rezar; y no es raro encontrar criaturas, que, á su edad, nada sabrían estando allado de sus madres, las más, ignorantes, y no pocas, inmorales.

En el domicilio de estas mujeres se ven párvulos y niños, de uno á cuatro años, todos tristes, descoloridos, raquíticos, sucios, desnudos, recibiendo no escaso número de malos tratamientos de palabra y obra.

En el Hospicio se encuentran criaturas de todas edades, alegres, sanas, limpias, vestidas, llenas de vida y porvenir, recibiendo atenciones y cuidados que destilan amor y caridad.

Tan útil asilo, tan hermoso centro de la inocencia, da una idea ventajosa del país.

Pero, ¿quién no vé que esa modesta planta, llamada Beneficencia, que tantas dolencias cura con las flores de su caridad, nos enseña lo más que pudiera hacerse en favor, bien y provecho de los huérfanos mayores de ocho años?

¿No sería posible tener uno ó mas maestros de artes y establecer talleres dentro del Hospicio, extendiendo para eso, si fuere necesario, el local que ocupa, que, de paso sea dicho, es bien espacioso?

Los Hospicios ó casas de Beneficencia, en las principales ciudades de Europa y América, tienen esos maestros y esos talleres donde se enseñan las artes mecánicas, para que de allí salgan artesanos honrados y entendidos.

Se nos arguirá con la imposibilidad que ofrece la exigüidad de las rentas, la escasez de fondos.

Nada queremos redarguir; pero sí diremos á los *filántropos*, que el número de los desheredados crece en todas las sociedades humanas; y, por lo mismo, es un deber sagrado conservar y fomentar los intereses que pueden servir para socorrerlos.

Las sociedades nuevas suelen mostrarse en esas materias bastante imprevisoras.

Sin contar con que inevitablemente crecerán, no piensan en mañana y todo lo hacen con miras estrechas, casi menguadas.

La Beneficencia, que recibe como

madre amorosa á los dementes, á los que padecen enfermedades físicas, á los huérfanos y á los ancianos inválidos, ha dispensado tambien sus beneficios á los hijos de los que, por ser ricos en su época, no pensaron que podría llegarles la necesidad de golpear en aquella puerta, que las generaciones, unas en pos de otras, encuentran constantemente abierta. La propiedad está sujeta á tales revoluciones, que es raro el país donde no cambia de dueño en períodos mas ó menos largos de años.

¿Cuántos, aquí como en todas partes, de los que estaban alojados como ricos y potentados, han llegado á la pobreza, á la miseria; y cuántos de los que ocupaban el primer peldaño de las escaleras, han subido á los salones principales!

¿Quién es aquel anciano que con dignidad casi regia lleva sus andrajos? ¿Quién es esa mujer envuelta en negra y raída ropa, de mano nerviosa pero delicada, que pide en la calle una limosna?

Fueron favoritos de la fortuna: son los inválidos de la imprevision y del dolor.

Pues bien; recojamos como padres solícitos el caudal que debe curar las llagas formadas por las peripecias de la vida, y que pudiera gangrenar una imprevision estólida.

Padres de la caridad: es necesario herir pequeños intereses para salvar los grandes.

Cuando se tiene en mira el mayor bien del prójimo y el amor de Dios, adelante! que sin dificultad se vean los obstáculos.

### II. HOSPITAL.

¿Quién no recuerda que nuestro pueblo miraba los hospitales con horror, y que los enfermos, solo cuando no les quedaba otro recurso, acudían á ellos, mas bien para morir que para curarse?

En verdad, las casas hospitalarias estaban entónces muy distantes de llenar cumplidamente su objeto; y como á esa circunstancia se agregaba el pesar con que los enfermos se separan de sus deudos, y el sentimiento que inspira la presencia de otros dolientes, era, hasta cierto punto, fundada la preocupacion popular contra los hospitales.

Pero las ideas populares sobre esos establecimientos han experimentado una radical variacion.

Esta variacion es debida al mejor servicio de ellos, al buen trato que reciben los enfermos y á las felices curaciones que allí realizan médicos

estudiosos, de conciencia y de sentimiento, merced á la aplicacion fiel de las prescripciones que hacen.

Nuestro Hospital por su aseo, asistencia y direccion científica puede compararse con los mejores servidos; y hay un hecho que lo prueba de una manera que no deja lugar á dudas:—la mortandad es en él relativamente menor que en los de otras partes ultramarinas.

Delante de un resultado que tanto honra al país, nos sentimos dos veces complacidos:—por lo que la cosa es por sí misma, y por que nos ocurre la idea de que recogeremos los mismos resultados en otras esferas de la actividad social, el día que ciudadanos, con las cualidades que adornan á los de la Beneficencia, tengan la influencia que les corresponde.

En el país abundan los elementos para obrar el bien.

Saberlos buscar, reunirlos y proporcionarles un centro extenso y fecundo de accion, es lo único que necesitamos para ir adelante, muy adelante.

Todo nos favorece:—inteligencia despejada, carácter benévolo, clima sano, riqueza abundante.

Todo eso nos ha dado la Providencia: pero algo de eso, si no todo, permanece todavía infecundo, como los tesoros que esconde la tierra.

Que no se deba todo á la accion gubernativa: que ponga su contingente la accion individual, social, que es la que mas se necesita para el desarrollo de las obras de Beneficencia.

Se ha dicho por algunos que los establecimientos de caridad no pueden subsistir sin la accion de los Gobiernos.

En países como este, que todo se espera del Gobierno; en que se sostiene que el Gobierno debe dar la primera señal para todo, quizá sea preciso su accion para cualquiera empresa; pero lo contrario debe suceder, como sucede en todas partes.

Creemos que los Gobiernos, y ya lo hemos dicho en otra época, no pueden ni deben ser centros de sanidad y beneficencia; porque no entra, no puede nunca entrar en el lleno de sus naturales atribuciones.

Cuando obra solo, su accion es estéril; porque la caridad pública se va apagando; pero se destaca sensiblemente cuando, á su lado y en competencia involuntaria, atiende á esos mismos fines la actividad privada.

La experiencia lo ha confirmado muchas veces.

La Beneficencia no se conforma

con simples recomendaciones de medidas preventivas, sino con medidas en accion, que deben partir de la sociedad; porque es la que, con sus arranques de sentimiento, levanta la caridad y el patriotismo.

El poder de los gobiernos no alcanza á tanto. Déjese, pues, á cada cuerpo, á cada institucion, á cada poder que gire libremente dentro de la periferia de sus atribuciones, y los resultados seran fructuosos; principalmente cuando se trata de las obras que necesitan del sentimiento público, como la caridad, para establecerse, marchar sin estorbos, desarrollarse y progresar admirablemente en todos sentidos.

Hagamos plaza á la accion pacífica y fecunda, que es la que ejercitan los pueblos que quieren ser dignos y grandes en civilidad é ilustracion.

En fin, siga la Junta de Caridad ideando medios para el logro de sus benéficos fines, que la sociedad es imposible que desconozca sus esfuerzos y sus importantes servicios.

### Epocas de la vida.

El hombre desarrolla sus facultades, no precisamente según las influencias que recibe de la simple naturaleza, sino de aquellas por donde más le estrechan su educacion, sus hábitos, sus circunstancias y otras muchas relaciones. El curso de la vida se divide en cuatro edades: la infancia, la juventud, la edad madura y la vejez. Estas edades tienen su fisonomía particular y sus caracteres propios, así en el orden físico como en el orden intelectual y moral.

En el niño todo revela la ligereza y la inconstancia propia de la primera edad; su atención, su memoria, su reflexion, su raciocinio, su juicio, & &. En cuanto á su parte moral, el niño está todo á la orden del momento, no siente más placeres ni más penas que las de su situacion actual: se regocija ó desespera, según las impresiones que recibe, y casi al mismo instante, por los motivos más frívolos. Naturalmente bueno, se muestra ingenuo, docil, crédulo, confiado, y su debilidad le hace mas ó menos tímido y quejumbroso.

Su extrema docilidad pide para él ejemplos edificantes, porque semejante á la cera, podrá recibir las formas diferentes que le comunique la educacion.

Es esta edad tan altamente apreciada, que los poetas todos han sorprendido en ella la flor de lo bello en el hombre, y el mismo Jesucristo presentaba á los niños, por su candor y su inocencia, como el más perfecto dechado de la simplicidad celestial que quería manifestara siempre los caracteres de su espíritu en la conducta de sus discípulos.

San Juan Crisostomo, explicando en una de sus más bellas homilias, este pasaje del Evangelio, nos da la más perfecta imagen de la infancia con todo su candor y con todos sus atractivos; y como advierte que este carácter de sencillez, cuando se conserva en el hombre hasta la edad

madura, se asocia con la alta prudencia, que todo le rige sabiamente, no teme afirmar que el dichoso mortal que ha sabido reunir la simplicidad de la infancia con la prudencia de la edad madura, es el filósofo por excelencia. Veamos, empero, el cuadro que nos presenta de la primera época de la vida, este incomparable orador del cristianismo. "El alma del niño, dice, se halla exenta y libre de todas las enfermedades del corazón: no conserva la memoria de las injurias, y se acerca sin recelo á los que se las han hecho, cual si fuesen sus amigos, y no le hubiesen causado el menor mal. Le riñe la madre por sus pequeñas faltas; pero él siempre la busca y la prefiere sobre todos los seres. Mostradle, si quereis, una reina ricamente ataviada y ceñida con la diadema; el niño no por esto le dará la menor preferencia sobre su madre cubierta con los humildes y tal vez deteriorados vestidos de la miseria; y más bien la quiere á ella, pobre y aun desaseada, que á la reina, primorosamente vestida: porque para estimar lo suyo ó apreciar lo ajeno, no se atiende á la pobreza ó á la riqueza, sino precisamente al amor. No solicita más que lo necesario; y deja los pechos de la madre tan luego como está satisfecho: no le acosan á él las mismas penas que á nosotros, ni la pérdida de las riquezas ú otras cosas semejantes le afecta, ni le ocupa la adquisicion de los bienes perecederos que á nosotros tanto nos agita, ni le atrae la hermosura de los cuerpos, que á nosotros nos seduce."

"En cuanto al joven, dice Poullet, sus voliciones son enérgicas, pero poco fijas; sus amistades ardientes y duraderas, aunque muy fáciles de formar. Buena, expansiva, benéfica, generosa y á veces pródiga, la juventud nada tiene que ganar por parte de los sentimientos ó las cualidades del corazón cuando ha sido bien dirigida. Al contrario, arrastrada por la vehemencia de las pasiones, sin contar con el tiempo y el hábito que pide la reflexion, raciocinando poco, juzgando siempre de prisa, la juventud se engaña frecuentemente, si se entrega demasiado á sí misma. Será víctima infalible de su propia condicion, si la experiencia de sus mayores no ilustra sus caminos y conduce sus pasos."

Cuando empiezan los días primeros de la juventud, brota en el pecho del adolescente un sentimiento vago, indefinible, inquieto; se embriaga en dulces ensueños su corazón, pensamientos desconocidos divagan por su mente, y al mismo tiempo se forma en torno suyo un vacío inmenso, que en vano intentan llenar los afectos de familia y la presencia consoladora de la amistad. En la primavera de la vida se ve asaltado por triste amargura y profunda melancolía; y exaltada la fantasia, hirviendo el corazón, extiende su vista por el mundo, y busca, perdido de ilusion en ilusion, de ensueño en ensueño, ese algo misterioso que ha de devolver la alegría á su alma, llenando el hondo abismo que se ha abierto á sus pies. Pero nada de lo que ha visto satisface sus ensueños de felicidad; y replegándose su corazón sobre sí mismo, se consume amoroso en una pasion que aun no ha encontrado objeto, y su mente en delirio fantasea seres misteriosos y sombras seductoras, que se condensan y se disipan, pero que siempre se desvanecen fugaces cuando intenta estrecharlas en sus brazos.

La edad madura es propiamente la época de plenitud para el desarrollo de todas las fuerzas físicas, intelectuales y morales. El hombre proveyo posee ya su físico en aquel grado donde terminan los impulsos progresivos, y de donde parte la decadencia. Tal es el doble carácter de esa doble línea de años que, concurriendo en la madurez, tiene sus extremos en la cuna y en el sepulcro.

Esta es la edad del cálculo, de la acción productiva, la edad propia de la ambición en sus diferentes faces. En ella el hombre gusta de mezclarse en todas las cosas humanas: consulta la opinión, forma la suya, atiende al poder y se incorpora en su esfera: valora sus elementos de acción, forma sus designios, ensaya sus fuerzas, desarrolla su actividad, obra con toda la energía de su alma sobre el objeto de sus esperanzas: al parecer se mueve con toda la impetuosidad de un joven; pero su movimiento es más calculado, sus sentimientos son diversos, sus miras son otras. La presencia de la necesidad obra constante y regularmente sobre su espíritu, se manifiesta en toda su conducta, dirige su actividad y comunica su firmeza y energía la perseverancia propia para tocar al objeto de sus deseos.

La mujer á su turno sigue la progresión, tanto en lo físico como en lo moral. Su cuerpo adquiere las más bellas proporciones; su razón se ilustra y fortifica; su gusto se depura, y ella se apasiona de cuanto lleva el sello de la hermosura y de la bondad: sabe elevarse sobre su sexo y sobre sí misma; sino es que, perdiendo el pulso y el tino, reciba la cadena de las ilusiones falaces, el narcotismo de pasiones prematuras, la ley de la necesidad criminal y se arrastre por el fango del vicio, anticipándose, como el hombre, una vejez desgraciada.

La vejez ha recibido el nombre de una segunda infancia; pero en verdad que sus analogías reconocen principios verdaderamente contrarios. "La infancia, dice Segur, es el crepúsculo de la mañana; su vapor que á todos los objetos comunica formas vagas y confusas, se ilumina, se disipa, se colora á cada minuto: la vejez al contrario, semejante al crepúsculo de la tarde mira constantemente un velo sombrío extenderse por toda la naturaleza, entristecerla y anonadarla: la una anuncia el día, la otra las tinieblas; la una abre las puertas de la vida; la otra las de la muerte."

Considerado bajo el aspecto de los sentimientos, el anciano aparece como indiferente y aun extraño á cuanto le rodea: poco impresionable, su reacción es por lo mismo menos viva. La sensibilidad embotada, la imaginación debilitada, no produce ya casi ninguna excitación en su voluntad. No gusta del movimiento de los negocios, porque siente su incapacidad de tomar parte en ellos, y sobre todo de dirigirlos: está descontento con cuanto se hace, porque no lo ha podido hacer él; pues tiene la persuasión de que si él tomase parte en ello, todo iría mejor. De aquí la apología de lo pasado que viene hacer el asunto común de sus conversaciones y que no es en sustancia sino la apología de sí mismo, en que de ordinario se mezcla una crítica muy amarga del presente.

Las determinaciones de la vejez tienen por otra parte algunas analogías con las de la infancia. Como ésta, es aquella ab-

soluta; pero versátil, y sus maneras afectadas ó naturales reemplazan los caprichos de la juventud. Cuando los ojos extinguidos del anciano no permiten ver los objetos, sinó al través de la nube; cuando se necesita de levantar la voz para hablarle; cuando no percibe ya sobre sí mismo sino una piel seca, arrugada y áspera, bebe y come todavía con toda la avidez que los niños; y poco á poco cediendo el campo al idiotismo y á la decrepitud llega por fin á las orillas del sepulcro. Un momento más, y su alma ha entrado ya en los misterios de la eternidad.

San Salvador, Agosto de 1884.

J. B.

## VARIEDADES.

### Sensibilidad.

La sensibilidad recibe un soplo de fecundidad y de vida, que la halaga y la conmueve.

El corazón despierta de su letargo.

El alma vuela por regiones felices y puras hasta entónces desconocidas.

El hombre goza en su retiro y en sus abstracciones, lo que no podría gozar en medio del ruido de los negocios y de los placeres inquietos que le ofrece la sociedad.

Entónces comprende y saborea la existencia espiritual.

La magia del idealismo.

Se deja con pena aquella mansion afortunada, para volver á caer en la trivialidad de pensamientos vulgares.

En la nada de las costumbres comunes.

En el fango asqueroso del mundo.

Y ¿quién se detiene mucho tiempo entregado á la sensibilidad?

No es posible, á pesar de que es deleitoso.

Porque el corazón se apegaría á ella como nos apegamos, en un árido y largo camino, á los sitios amenos que nos brindan sombra y frescura.

¡Cuánto placer, es verdad; pero cuánta melancolía!

### La fé de los incrédulos.

No es cierto que no crean absolutamente en nada, ni esos filósofos, ni esos físicos ni esos banqueros. El filósofo ó no filosofía ó admite por necesidad algunas verdades (el á priori, la hipótesis): la negación no puede servirle para restablecer la razón de las cosas: creará siquiera en el yo humano; siquiera aceptará *cogito; ergo sum*.

El físico, claro está que tiene que fundar sus descubrimientos sobre las inmutables leyes de la naturaleza. El banquero no ha de aventurar sus capi-

tales sin conocer el camino que llevan y el término á que puede llegar; es decir, que aun tratándose de los *incrédulos*, el filósofo cree en la supremacía del yo, el físico cree en las leyes de los cuerpos, el banquero cree en las ventajas del negocio; resulta pues, que creen todos, y todavía resulta más; que tienen todos fé, el filósofo racionalista en la raza humana, el físico racionalista en la materia, el banquero en la operación.

Y no es una fé tibia y endeble, sino ardiente y vigorosa, y porque el filósofo y el físico y el banquero emplean toda su fé en el respectivo objeto mencionado, y porque destierran de su cabeza (ó pensamiento) y de su corazón toda idea y todo afecto que no halague sus instintos, y porque se alooran á sí mismos, adorando sus propias obras y esta adoración les basta; por eso cabalmente aparentan negar verdades que no han considerado, y rechazar doctrinas que no les parecen aborrecibles, porque están en un lenguaje que no comprenden y señalan un punto á donde no alcanza su alma, aplanada bajo el poder de los sentidos y presa en el estrecho recinto de la materia.

La fé cristiana no tiene por objeto ni la materia, ni la naturaleza, ni el yo humano, sino JESU-CRISTO. Desprendida de sí misma, el alma es salva por esta fé en EL.

**Luis Leiva.**—En la mañana del 27 del corriente dejó de existir el joven é ilustrado Doctor don **Luis Leiva**, después de una penosa enfermedad que supo sobrellevar con resignación.

El Doctor **Leiva** pertenecía á ese nobilísimo grupo que ha salido de nuestras aulas universitarias para el alivio de los dolores de la humanidad; y su puesto entre los hijos de Galeno figuraba en primera línea, merced á su claro talento, y á su constante dedicación al estudio al que se consagró desde niño en busca de la ciencia, á quien rendía ferviente culto para ponerla al servicio de sus sentimientos de caridad, prodigando consuelos al enfermo y aplicando la medicina donde encontraba la dolencia.

El joven Doctor deja un hondo vacío en nuestra sociedad y en el hogar doméstico un lugar irreparable; y no podía ser de otra manera, pues **Luis Leiva** supo conquistarse las simpatías generales no solo como médico, sino también como hijo y esposo amante y amigo leal y sincero.

Enviamos á su estimable señora y familia nuestro pésame más sentido y al enfermo desvalido una palabra de consuelo por la desaparición de uno de sus más esforzados protectores.